

“Yo estoy en medio de vosotros como el que sirve” (Lc 22,27)

El servicio evangélico de la autoridad

Marta García Fernández, nsc
Profesora de Sagrada Escritura
Universidad Pontificia Comillas. Madrid

RESUMEN: La autoridad vivida y entendida como servicio ha sido uno de losacentos de la ecclesiología del Concilio Vaticano II. Se trata, pues, de untema trillado y explorado, aunque no por ello agotado. Por este motivo el artículo busca aportar nuevas luces que enriquezcan la nutrida reflexión existente y, para ello, se hace desde la óptica del profetismo. De hecho, en el Antiguo y en el Nuevo Testamento la cuestión acerca del tipo de autoridad está en estrecha relación con la reflexión sobre la identidad. El modelo de autoridad debe responder a lo que somos y, por esta razón, el modelo por excelencia para el Antiguo Testamento es el profeta. Tradición en la que se entronca Jesús llevándola a su plenitud. Así pues, servir y dar la vida, Encarnación y Eucaristía, abajarse, darse, ceñirse la toalla y dejarse la piel serán claves indispensables de una autoridad que se postule como evangélica.

PALABRAS CLAVE: Encarnación, eucaristía, identidad, profetismo, servicio.

“Here am I among you as one who serves!” (Lk 22:27). Evangelical service of authority

ABSTRACT: Authority, lived and understood as service, has been one of the highlights of the Ecclesiology of Vatican Council II. This topic has been con-

siderably researched, and yet, certainly not exhausted. For this reason, this article intends to shed new light on the theme, enriching the abundance of current reflection, more precisely, from the point of view of prophecy. In the Old as in the New Testament the question about kinds of authority is strongly connected with reflection on identity. The model of authority must reflect who/what we are; therefore, the authority model *par excellence* in the Old Testament is the prophet. Jesus, in the New Testament, takes part in this tradition and completes it. To serve and to surrender one's life, Incarnation and Eucharist, descending, self-rendering, wrapping the towel round the waist and giving all –these become indispensable clues of an evangelical authority.

KEYWORDS: Incarnation, Eucharist, Identity, Prophecy, Service.

En primer lugar, quisiera agradecer al Consejo General de CONFER representado en su presidente, Luis Ángel de las Heras, su vice-presidenta, M^o Rosario Ríos, y su secretaria general, Julia García Monge, la oportunidad que se me ha brindado y la confianza depositada en mi persona. Siento un profundo agradecimiento por todo lo que hace CONFER para animar y promover la vitalidad apostólica y espiritual de la vida consagrada en España y entablar puentes de cohesión y de comunión inter-congregacional. En este Año de la Vida Consagrada es para mí un honor y un reto poder contribuir con esta casa y, en particular, desde esta sede.

Agradezco igualmente la riqueza de carismas representados en esta XXII Asamblea Nacional de superiores mayores, así como el servicio de animación desempeñado por los aquí presentes en sus respectivas congregaciones e Institutos.

1. Breve introducción

Sin más dilación paso a desarrollar el tema que nos ocupa y cuyo contenido se resume en una de las orientaciones que me facilitaron: "ahondar sobre el significado del servicio de autoridad desde la con-



cepción evangélica”. Pero antes de adentrarme en este amplio tema, voy a hacer una serie de consideraciones previas.

1.1. Gestando la ponencia

Tras colgar el teléfono e ir repasando mentalmente la propuesta que me planteó Julia García Monge, un montón de ideas se agolparon en mi cabeza. Sin embargo, como el subconsciente juega malas pasadas, y también como una imagen vale más que mil palabras, hubo una que insistentemente se me proponía y de la que no lograba deshacerme. Se trataba de un chiste. En concreto de esta viñeta:



En balde intenté quitarme esta imagen, pues era consciente de que Freud se habría cebado con la asociación y habría sacado conclusiones inéditas de esta analogía. Ciertamente, y al menos a nivel consciente, esta no es la imagen que tengo de la autoridad, pero también es cierto que esta asociación esconde una realidad. Imaginemos, por un momento, que al otro lado del mostrador un superior le pregunta a otro con qué le toca bregar diariamente. E imaginemos la respuesta. Seguramente la lista de “oficios” y “competencias” requeridos en algunos casos no será menor.

Por una parte, el descenso de miembros de la vida consagrada nos obliga a multiplicarnos a todos en mil tareas. Y, por otra, el incremento de la burocratización en nuestra sociedad y la alta especialización requerida para el desempeño de cualquier trabajo repercute a la hora de proyectar una serie interminable de requisitos para detentar cualquier cargo. Excede a mi competencia analizar estos factores culturales, sociales o religiosos que indudablemente nos afectan. Simplemente con la viñeta he querido poner en el candelero una cuestión: inmersos en la realidad que nos ha tocado vivir podemos multiplicar exigencias coyunturales y olvidarnos, en cambio, de aquellas esenciales para que un servicio de autoridad sea evangélico y no una mera gestión de grupos humanos o de recursos institucionales.

Volver, en este sentido, al Evangelio nos centra en lo nuclear. De hecho, la Escritura disminuye el número de competencias pero radicaliza el nivel de exigencia. Es fundamental que hoy le preguntemos y nos dejemos interpelar por Ella.

1.2. *Apuntalando el tema*

Preguntarse es siempre abrirse a una respuesta. Y como todos los grandes temas, que son aquellos que están pegados a nuestras existencias, las respuestas no son soluciones sino dinamismos. Así pues, a la pregunta de los dos discípulos: "Maestro, ¿dónde vives?", la respuesta: "venid y lo veréis" (Jn 1,38-39). Es la forma normal de funcionar de la Biblia. Y, por eso, también será la mía. Pues no es mi intención dar respuestas sino abrir horizontes y recorrerlos conscientes de que somos nómadas y de que no los agotamos. H. Meschonnic, un gran filólogo francés, afirma que leer es la actividad de alcanzar "el movimiento de la Palabra en el escrito"¹. Esto es, de encontrar la "voz" en la "letra". Se trata, pues, de encontrarse con un "yo" distinto al mío. Y, producido este "encuentro", todavía seguirá habiendo búsqueda del otro.

1 H. MESCHONNIC, *La poética como crítica del sentido*, Buenos Aires 2007, p. 91.



“YO ESTOY EN MEDIO DE VOSOTROS COMO EL QUE SIRVE” (Lc 22,27)...

Además de esta clave hermenéutica que centra el modo y las actitudes desde donde voy a abordar el tema, quisiera también matizar algunas cuestiones. La autoridad entendida y ejercida como un servicio es uno de los muchos acentos que trajo la eclesiología del Vaticano II. La categoría eclesiológica de la *Lumen gentium*, la Iglesia pueblo de Dios (cf. LG 9-17), pone las bases para una comprensión de la identidad, de la constitución y de la organización de la Iglesia menos piramidal y más circular².

En el campo bíblico la *Dei Verbum* 9 salda, y no sin sufrimiento, la dicotomía casi esquizofrénica vivida durante siglos entre Tradición y Escritura³ y, como primera consecuencia, define la función del Magisterio con respecto a la Palabra en clave también de servicio⁴.

La teología de la vida consagrada participa igualmente de este espíritu. En este ambiente emergen otras tipologías de comunidades en las que indudablemente el estilo de autoridad se concibe y se ejerce de manera distinta a la de antaño⁵. La categoría “servicio” parece imponerse y ser la que define mejor el ministerio de animación de una comunidad. Se desempolvan textos evangélicos, como el que da título a esta ponencia –“yo estoy en medio de vosotros como el que sirve” (Lc 22,27)– y se revisa la función de la autoridad desde esta clave hermenéutica.

En consecuencia, llevamos prácticamente cincuenta años ahondando sobre este asunto. Se ha escrito mucho y de gran calado. Y, sin embargo, por las orientaciones que me facilitó el consejo de CONFER, parece que todavía sentimos necesidad de seguir horadando este surco. ¿Qué decir que no se haya dicho ya? ¿Existen todavía yaci-

2 Cf. A. BOTANA, “Compartir carisma y misión con los laicos. La familia evangélica como horizonte”: *Frontera-Hegian* n° 62 (2008) 11-13.

3 Cf. R. BURIGANA, *La Bibbia nel Concilio. La redazione de la costituzione “Dei Verbum” del Vaticano II*, Bologna 1998, pp. 32-33.

4 “Este Magisterio, evidentemente, no está sobre la Palabra de Dios, sino que la sirve” (DV 10).

5 Cf. J. M. ARNAIZ, “La gracia de ser hermanos. Retos de la vida comunitaria hoy”: J. M. ARREGI (coord.), *Una historia de Amor. Seguir a Jesús en la Vida Consagrada hoy*, Estella 2015, pp. 129-140. Cf. también, J. C. R. GARCÍA PAREDES, “Un nuevo paradigma de misión. Despertar la conciencia, la comunidad y los procesos”: *ib.*, pp. 164-172.

mientos por explotar? O, tal vez, ¿hay que seguir insistiendo en el filón existencial?

Creo que el servicio, como todas las grandes realidades de la vida –el amor, la misericordia, la libertad, etc.–, no “cabe” en una palabra. Rosa Montero en su libro *La ridícula idea de no volver a verte*, aludiendo a la muerte de su Pablo, expresa esta idea:

“El verdadero dolor es indecible. Si puedes hablar de lo que te acongoja estás de suerte: eso significa que no es tan importante. Porque cuando el dolor cae sobre ti sin paliativos, lo primero que te arranca es la Palabra (...). Así supe lo que es el dolor psíquico, que es devastador por lo inefable. Porque la característica esencial de lo que llamamos locura es la soledad, pero una soledad monumental. Una soledad tan grande que no cabe dentro de la palabra soledad y que uno no puede llegar a imaginar si no ha estado allí”⁶.

Pues bien, esto que afirma esta gran literata acerca de realidades tan crudas, es lo que yo experimento ante el tema del “servicio evangélico”. O dicho con palabras de ella, el “servicio evangélico” no me cabe dentro de nuestra palabra “servicio”. En parte, por la inadecuación normal entre el lenguaje y la realidad. En parte, porque a veces “servicial” y “servil” parecen constituirse en sus sinónimos.

En el Nuevo Testamento, sin embargo, “servir” y “dar la vida” son un binomio inseparable y se interpretan mutuamente⁷. El servicio evangélico efectivamente se traduce en gestos concretos e incluso humildes (cf. Jn 13,1-20), pero es sobre todo una “forma de vida” y de “darla”. Esta manera de vivir implica la opción por los pequeños pero también, por “serlo”, por “hacerse pequeño” (Mt 18,3).

Se entiende por qué desde esta lógica “servir” y “entregar la vida” son prácticamente sinónimos. Porque servir no es tanto una acción como una forma de vivirse; la de vivir “desgastándose”, “dejándose la piel” en todo lo que se hace y la de vivir “bajando” –como canta

6 R. MONTERO, *La ridícula idea de no volver a verte*, Madrid ⁶2013, pp. 23-24.

7 Así lo pone de manifiesto el contexto eucarístico de Jn 13, que “sustituye” los relatos sinópticos de institución eucarística, y así también en Mc 10,42-45 y sus paralelos (Mt 20,24-28/Lc 22,24-27).



Filipenses (Flp 2,6-11)– no “reteniendo ávidamente” la propia condición. Este es el “descoloque” que experimentan los discípulos en la última cena, cuando Jesús se ciñe la toalla. El lavatorio de los pies no es un gesto de pseudo-humildad o de inconformismo social, sino algo estrechamente vinculado al “dar la vida” (dinámica eucarística) y al “abajarse” (dinámica descendente de la encarnación).

Pablo emplea un verbo técnico muy acertado para definir a esos “compañeros” y “compañeras” (*sunergoi*) que trabajan en la animación de las comunidades⁸. De hecho, el verbo griego que emplea (*kopiai*) tiene el sentido de “afanarse”, de “cargar” con otro, o de “trabajar duramente”. Pues bien, “fatigarse” sería un óptimo sinónimo del servicio de la autoridad en cuanto expresa el desgaste existencial y la donación de sí que implica.

2. Buscando un modelo de autoridad. Del Nuevo al Antiguo Testamento

Hasta ahora he recorrido el camino normalmente frecuentado y, por eso, más conocido. En este itinerario he matizado algunas cuestiones terminológicas sobre el “servicio”. Sin embargo, quisiera explorar otro filón quizás menos transitado, pero apasionante, y muy esclarecedor para el asunto que nos ocupa: el profeta como modelo de autoridad. Para ello procedo de manera inversa a la usual tal como lo indica el título que he tomado prestado de un exegeta, Jean Louis Ska⁹.

A los que nos dedicamos al Antiguo Testamento nos cuesta aceptar que este sea primario o que se acuda a él a modo de museo arqueológico para concluir que está superado con creces. Pues para algunas cuestiones, como la nuestra, ciertos pasajes y puntos de vista veterotestamentarios se muestran extremadamente modernos e incluso osados. Ahora bien, hago este ejercicio no con una intención apologética o por una mera reivindicación de este “gran desconocido”

⁸ El apóstol lo emplea para Timoteo, Tito, Prisca, Evodia, Síntique, Apolo y Filemón entre otros.

⁹ Cf. J. L. Ska, *El camino y la casa. Itinerarios bíblicos*, Estella 2005, pp. 221-235.

sino porque para comprender mejor el ejercicio de autoridad de Jesús es oportuno este trayecto¹⁰.

El Antiguo Testamento es siempre un mundo complejo. Y esta complejidad de lo diverso es lo que le embellece y le enriquece, pues a base de "roer" una y otra vez los "grandes huesos" se van explorando narrativamente todas sus aristas. Con el tema de la autoridad sucede así, ya que esta cuestión está vinculada a la de su identidad. Por este motivo voy a dar tres pasos: en el primero, voy a justificar por qué creo que en el Antiguo Testamento el modelo por excelencia de autoridad es el profético; segundo, qué se entiende por profetismo; tercero, cómo se vive esa relación de obediencia-autoridad entre el profeta y el pueblo.

2.1. Identidad y estilo de autoridad

La reflexión que Israel hace sobre el modelo de autoridad se halla en estrecha conexión con la reflexión acerca de su identidad. Esto es, el modelo de autoridad debe estar en consonancia con lo que se es. Por eso, es en el momento de mayor crisis, el exilio, cuando Israel a la par que se pregunta "¿quiénes somos?" reflexiona sobre la figura de la autoridad.

2.1.1. REDEFINIENDO LA IDENTIDAD

En esta dolorosa pero fecunda crisis podríamos identificar dos elementos. El primero es que algunos textos achacan la catástrofe del exilio a las clases dirigentes que en vez de pastores han sido mercenarios (cf. Jr 23,1-6; Ez 34,1-9; Zac 11,4-7). Por eso, Dios mismo vendrá como pastor y se les quitará el rebaño (cf. Is 40,10-11; Ez 34,10-16). Una dinámica muy parecida a la parábola de los viñadores homicidas (Mc 12,1-12).

Segundo, la experiencia del exilio es que todos los puntos que sustentaban la identidad de Israel se vienen abajo: la promesa de la tierra, la alianza para siempre con la casa de David, la presencia de Dios

10 Así lo muestra Jean Louis Ska en el artículo anteriormente citado. El Nuevo Testamento se comprende mejor desde el trasfondo veterotestamentario. De otro modo, algunos detalles importantes –como sucede en el pasaje de la samaritana– se nos pueden escapar.



en medio de ellos, etc. Exiliados –como declama Azarías–, “somos más pequeños que todas las naciones, hoy estamos humillados en toda la tierra, por causa de nuestros pecados; ya no hay ni príncipes, ni profetas, ni jefes, ni holocausto, ni sacrificio, ni oblación, ni incienso, ni lugar donde ofrecerte las primicias y hallar misericordia” (Dn 3,37-39).

El gran forjador de la identidad de Israel es el Pentateuco o *Tôrâh*. Aunque este corpus literario narra una época anterior y remota, en realidad, como sostienen los estudiosos, se configura mucho más tarde y desde el prisma del exilio¹¹. Por eso, más que “informar”, estos cinco libros pretenden “formar” el sentido de pertenencia¹². Y lo hacen tan bien que Israel ha logrado superar todas las acometidas de su accidentada y complicada historia sin sucumbir. Grandes imperios como el de Babilonia y el de Persia fenecieron a pesar de haber sido imponentes potencias.

¿Qué respuesta elabora la *Tôrâh*? Primero, tanto Israel como todas sus instituciones nacen en el desierto y no en la tierra prometida. La consecuencia es evidente: “Israel puede vivir como pueblo sin su propia tierra, sin monarquía y sin verdadero templo, porque el pueblo es más antiguo que la conquista de la tierra, que la monarquía y que el templo de Salomón”¹³. Segundo, Israel nace de un sí, de un consenso libre. Al principio y final de la estipulación de la alianza en el Sinaí, el pueblo responde a Moisés: “haremos todo cuanto ha dicho Yhwh” (Ex 19,8; 24,3).

“El derecho de Israel se funda en el consenso y no en el apremio. El pueblo en su totalidad entra libremente en una alianza con su Dios y jura, siempre de una manera libre, observar la Ley. Así pues, Israel ha aceptado libremente dotarse de un *derecho* y de una *ley* para ser el pueblo de Dios. Este derecho ha sido propuesto, no impuesto. Vale porque cada *ciudadano*, cada miembro del pueblo de Israel se ha comprometido públicamente a respetarlo (...). En este punto la Biblia se revela extraordinariamente moderna”¹⁴.

11 Cf. J. L. SKA, *El Pentateuco: un filón inagotable. Problemas de composición y de interpretación. Aspectos literarios y teológicos*, Estella 2015, pp. 43-63.

12 *Ib.*, *Introducción al Antiguo Testamento*, Santander 2012, pp. 31-32.

13 *Ib.*, *Los enigmas del pasado*, Estella 2003, p. 68.

14 *Ib.*, pp. 68-69.

Por eso, el modelo adecuado de autoridad para Israel no es alguien que represente a la nación o la gobierne en un espacio determinado, ya que Israel puede existir sin tierra. Tampoco su religión está circunscrita a un templo porque Dios camina con ellos. Puesto que lo que constituye a Israel como pueblo es un sí, el modelo por excelencia de autoridad es el profeta. Porque es el que mejor responde a lo que Israel es.

Estas consideraciones ya son iluminadoras para nuestro presente. El modelo de autoridad debe estar en consonancia con lo que somos. Por eso, la pregunta acerca el servicio de autoridad es, en definitiva, una pregunta sobre nuestra identidad: ¿en referencia a qué entendemos nuestra existencia? O, lo que es lo mismo: ¿qué es lo que nos hace ser consagrados: el número, las casas, las obras, etc? ¿Somos una ONG, una empresa u otra cosa? Dependiendo, pues, de la respuesta el ideal de liderazgo será el del entrenador, el del coach, el del gestor, el del amigo, el del compañero de trabajo, el del hermano, etc.

2.1.2. EL PROFETA, MODELO POR EXCELENCIA DE AUTORIDAD

El Pentateuco lo tiene claro, la figura por excelencia de autoridad es Moisés y este viene presentado desde su vocación hasta su muerte como un profeta¹⁵. Así se afirma lapidariamente en este último momento: “Pero ya no surgió en Israel otro profeta como Moisés, con quien el Señor trataba cara a cara” (Dt 34,10).

Es más, cuando en el corazón de la sección legislativa del código del Deuteronomio se habla de cuatro instituciones (jueces, rey, sacerdotes y profeta) para una única obediencia a la *Tôrâh*, el texto se escora hacia el profetismo. Primero, porque en este texto solo la figura profética se asemeja a Moisés (cf. Dt 18,15-18) y, segundo, porque solo la institución profética se vincula al Sinaí (cf. Dt 18,16-17). En consecuencia, según Deuteronomio el profetismo es esencial a la economía de la salvación¹⁶.

15 Cf. A. NEHER, *La esencia del profetismo*, Salamanca 1975, pp. 155-214; F. GARCÍA LÓPEZ, *La Torá. Escritos sobre el Pentateuco*, Estella 2012, pp. 145-159; J. L. SKA, *Introducción...*, pp. 53-55.

16 Cf. P. BOVATI, “*Così parla il Signore*”. *Studi sul profetismo biblico*, Bologna 2008, p. 33.



En otros pasajes se observan vestigios de la especial relevancia del profeta. Así en 1Mac 4,41-50 y 1Mac 14,41-43 se deja suspendida la toma de una decisión “hasta que aparezca un profeta”. ¿Por qué? Porque la palabra del profeta coincide con la Palabra de Dios y, en este sentido, la palabra profética es normativa y requiere total obediencia. De ahí, que la autoridad de la palabra profética se sitúe por encima de la de los sacerdotes y reyes y también de ahí su legítima presunción de obediencia. Escuchar al profeta es tan normativo como escuchar a Dios¹⁷.

En este punto la tradición bíblica se presenta singular, y extremadamente moderna, frente a las ideologías coetáneas de medio oriente-antiguo. Ya que como vértice institucional se halla la figura del profeta¹⁸. Alguien a quien, a diferencia del rey o del sacerdote, no le legítima una dinastía o una tribu sino la elección completamente gratuita de Dios. Pero esto no se puede comprobar empíricamente.

De hecho, el pasaje de 1Sm 8 muestra lo problemático que supone vivir así. Israel prefiere un “rey” a un “profeta” a pesar de las advertencias de Samuel: “He aquí el fuero del rey que va a reinar sobre vosotros. Tomará vuestros hijos y los destinará a sus carros y a sus caballos y tendrán que correr delante de su carro. Los empleará como jefes de mil y jefes de cincuenta; les hará labrar sus campos, segar su cosecha, fabricar sus armas de guerra y los arreos de sus carros...” y un largo etcétera (cf. 1Sm 8,10-19). Samuel advierte el ejercicio de autoridad despótico del rey y, sin embargo, la respuesta de Israel es: “nosotros seremos también como los demás pueblos” (1Sm 8,19-20).

La presentación que hace 1Sm 8 es diametralmente opuesta a cuanto sueña Jesús acerca de la autoridad: “sabéis que los que son tenidos jefes de las naciones, las dominan como señores absolutos y sus grandes las oprimen con su poder. Pero no ha de ser así entre vosotros, sino el que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor y el que quiera ser el primero entre vosotros, será el esclavo de todos” (Mc 10,42-44).

17 Cf. ib., p. 33.

18 Cf. ib., p. 26.

Mientras el texto de Marcos pone en el candelero la tentación constante que vive el que tiene autoridad, el texto de Samuel saca a la luz una cuestión menos evidente y es que Israel prefiere a un rey, aunque este sea un déspota, más que a un profeta que es menos controlable y produce más inseguridad. Porque el rey está localizado, proviene de una dinastía y no puede haber vacíos de poder, pero el profeta hay que reconocerle cada vez que surge y esto requiere discernimiento.

2.2. Obediencia y corazón

Dado que Israel nace de un sí libre, ha consentido libremente acoger la ley del Señor, no sería necesaria la figura de alguien que imponga su cumplimiento. Por eso, no es necesaria la coerción sino la animación y la motivación. En este sentido, el modelo de una autoridad que goza únicamente del instrumento de la palabra para convencer y exhortar es el que más se adecúa a la naturaleza de Israel. Y este modelo es el profético.

Ahora bien, en este apartado quisiera matizar qué entiende la Escritura por profetismo. A veces se ha presentado a los profetas como una especie de anti-sistemas hiper-críticos con la Ley o simplemente unos "indignados" sociales. Una especie de inventores de una nueva religión. Se trata de la clásica separación entre carisma e institución. Lejos de esta visión, el Antiguo Testamento los considera los verdaderos intérpretes de la *Tôrâh*.

2.2.1. LA LEY Y LOS PROFETAS

El lugar que ocupa la literatura profética en la Biblia Hebrea es un indicio de esta comprensión. Mientras que en nuestras Biblias el corpus profético se encuentra antes del Nuevo Testamento para indicar que la profecía señala a Cristo, la Biblia Hebrea, denominada *TaNak*, es un acróstico de *Tôrâh* (Ley), *N^ebi'îm* (Profetas) y *K^etûbîm* (Escritos). En ella a los profetas se les ubica tras la *Tôrâh* porque son los verdaderos intérpretes de la misma.

¿En qué sentido? Pongo un ejemplo. En el Antiguo Testamento existía una ley que regulaba los préstamos (cf. Ex 21,2; 22,25-26; Dt 15,12;



24,6-17). Por una parte, esta normativa buscaba evitar que alguien que cayera en una situación de insolvencia se viera precipitado a la pobreza estructural. Por otra parte, la prescripción comprometía a devolver lo prestado y, de esta forma, se buscaba fomentar esta práctica. Ya que sin garantías de devolución nadie hubiera querido dar un crédito. Es más, procediendo así se podría implantar un sistema que en nombre de una pseudo-caridad fuera injusto.

El problema surge cuando se plantea la dicotomía, y es que uno puede ser legal pero injusto¹⁹. Es más que, apelando a esta norma que pretende promover al hermano, se llegue a venderlo como esclavo y que el préstamo en vez de regular la relación entre hermanos se convierta en una mera actividad económica. El profetismo nace como denuncia de la injusticia que se esconde bajo capa de legalidad. ¿Por qué? Porque lo normativo no es solo la letra sino su sentido. La letra sin el espíritu profana la justicia y el espíritu sin letra ni concreción en gestos degenera en falacia y demagogia. Espíritu y letra no pueden separarse.

2.2.2. UNA CLAVE. EL DÉCIMO MANDAMIENTO

El profetismo nace en el Pentateuco porque es estructural a la Ley. De hecho, en el libro de Deuteronomio no es Dios quien habla sino Moisés en cuatro grandes discursos el día de su muerte. Por tanto, el último libro del Pentateuco es el primer comentario a la *Tôrâh* “realizado por el más autorizado de sus intérpretes, Moisés”²⁰. De este modo, y una vez más, Moisés se presenta como profeta.

Pero podríamos afinar más y decir que el profetismo nace en el décimo mandamiento del decálogo. De hecho, en este último mandamiento se repite lo que ya se había prescrito pero bajo una clave distinta, la del “deseo”. Es decir, el décimo mandamiento no insta solamente a no adúlterar sino a ni siquiera desear la mujer de tu prójimo; a no robar sino a ni siquiera desear los bienes ajenos. Se trata de algo inaudito, pues una norma puede regular el comportamiento pero no el deseo.

¹⁹ Israel, como todas las sociedades, es consciente de la distinción entre el derecho y la ley. Cf. J. L. Ska, *El Pentateuco...*, pp. 159-171.

²⁰ J. L. Ska, *Introducción...*, pp. 62-63.

Haciendo así, la misma ley reconoce sus límites y los corrige. Es decir, con el décimo mandamiento se indica que no es suficiente el comportamiento para vivir la ley, es necesario que el corazón y la conciencia queden comprometidos. No basta cumplir la letra de la ley, hay que aspirar a vivir el espíritu que es siempre dinámico y mucho más exigente. Y ¿cuál es el espíritu de la segunda tabla del decálogo? Primero, mi deseo no puede constituirse en la norma. Segundo, el hermano es lo normativo²¹. El "rostro del hermano debe cuestionar mi modo de poseer" y de vivir²².

Así pues, aunque sea legal que yo me gaste 10.000 euros en vino, porque son míos y porque los he ganado limpiamente y con el sudor de mi frente, el rostro del hermano cuestiona esta forma de proceder y lo convierte en ilegítimo e injusto. El "cumplimiento de la ley" no se restringe a la letra, ya que uno no es justo en referencia a una norma sino en referencia al rostro del hermano. Por eso, el cumplimiento de la ley apunta al corazón, compromete a la conciencia y, en este sentido, requiere un constante discernimiento, ya que no se restringe al ámbito de la legalidad o del comportamiento exterior.

Jesús es presentado en continuidad con esta forma de entender el profetismo. Así en el pasaje del joven rico (Mt 19,16-22). Ahora bien, existe un texto en el que Él mismo define su misión y su autoridad en relación a la Ley y lo describe como "no abolición sino cumplimiento": "no he venido a abolir la ley sino a darle cumplimiento" (Mt 5,17). Haciendo así Jesús se sitúa en la más genuina tradición profética²³. Pues la autoridad profética se postula como la verdadera intérprete del espíritu de la Ley.

El profeta, por tanto, no se conforma con un comportamiento exterior sino que apunta a una obediencia interior. Es más, Israel ha nacido de un sí. Y, por eso, la obediencia a la Palabra no es ni una repetición ni tampoco repetitiva. Es el dinamismo del amor y de un sí que lleva y

21 Ideas tomadas del curso de Antropología Bíblica impartido por la profesora Bruna Costacurta en la Pontificia Universidad Gregoriana, Roma.

22 P. BOVATI, *Giustizia e ingiustizia nell'Antico Testamento*, Dispense PIB, Roma 2001, p. 184.

23 Cf. M. GARCÍA FERNÁNDEZ, *Mateo*, Guías de Lectura del NT 2, Estella 2015, pp. 72-75.



aspira a sacar, como aquel escriba de la parábola de Mt 13, cosas nuevas de ese “arcón” sorprendente de la Palabra de Dios. El profeta, pues, no vela por el comportamiento de una normativa sino que provoca y despierta la creatividad y el heroísmo. Se halla en constante discernimiento de los signos de la historia para interpretarlos y darles una respuesta.

2.3. Pastor y “olfato de oveja”

Mientras el rey y el sacerdote son visibles –esto es, el rey pertenece a una dinastía y el sacerdote a una tribu–, el profeta es alguien que sostiene que Dios le ha llamado pero que no puede legitimar externamente a otros y con argumentos dirimentes su vocación. Y este aspecto resulta paradójico, ya que siendo el profeta el que habla en nombre de Dios y su palabra es normativa, resulta contradictorio que no se presente con un signo más tangible.

2.3.1. “MIS OVEJAS ESCUCHARÁN MI VOZ”

Surge, entonces, la necesidad de distinguir el verdadero del falso profeta. A lo largo del Antiguo Testamento aparecen diseminados una serie de criterios²⁴. Lo que legitima al profeta es su mensaje y su vida. Pero, aun siendo una pista, no son definitivos. El criterio último es el interno o, formulado de otro modo, “reconoce al profeta quien tiene el mismo espíritu que el profeta”²⁵.

Es lo que la *Lumen gentium* ha denominado técnicamente como *sensus fidei* (LG 12) y que el papa Francisco mucho más plásticamente ha bautizado como “olfato de oveja”²⁶. Es decir, el creyente está dotado de un sentido capaz de percibir la autenticidad y distinguir la

24 Cf. A. GONZÁLEZ NÚÑEZ - N. LOHFINK - G. VON RAD, *Profetas verdaderos, profetas falsos*, Salamanca 1976; J. CRENSHAW, *Los falsos profetas. Conflicto en la religión de Israel*, Bilbao 1986.

25 P. BOVATI, “*Così parla...*”, pp. 50-52.

26 “Para eso, a veces estará delante para indicar el camino y cuidar la esperanza del pueblo, otras veces estará simplemente en medio de todos con su cercanía sencilla y misericordiosa, y en ocasiones deberá caminar detrás del pueblo para ayudar a los rezagados y, sobre todo, porque el rebaño mismo tiene su olfato para encontrar nuevos caminos” (*Evangelii gaudium*, 31).

voz del Señor de aquella que no lo es: “mis ovejas escucharán mi voz” (Jn 10,16).

En Deuteronomio esta misma realidad se expresa de otra manera. De hecho, el texto de Dt 18,9-22 alude a que, por miedo a morir, Israel pide a Dios que escoja a alguien de entre ellos para que medie esta relación (cf. Dt 18,16). Luego, todo Israel estaba llamado a ser profeta, como aparecerá más tarde en textos post-exílicos (cf. Jl 3,1-5) y reaparecerá en Pentecostés (cf. Hch 2,17-21): “Sucederá después de esto que yo derramaré mi Espíritu en toda carne. Vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones. Hasta en los siervos y las siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días” (Jl 3,1-2).

2.3.2. DOS CONSECUENCIAS PARA EL ESTILO DE AUTORIDAD

Esta anotación acerca de la naturaleza de Israel de nuevo nos lleva a dos consecuencias a la hora de delinear el estilo de autoridad. La primera es que el profeta es un profeta hermano que, a diferencia del rey, no cambia de estatus; permanece hermano (cf. Dt 18,15.18). Y como tal, no tiene ningún medio de coerción para imponer su autoridad más que la palabra. Por tanto, no goza de ningún poder para convencer más que de la fuerza de su vida.

Segundo, esta autoridad es una “autoridad compartida” en cuanto que todos tienen “olfato de oveja” y todos están llamados a profetizar y son capaces de reconocer donde hay o no hay autenticidad. Es decir, la relación entre el profeta y el pueblo, aunque sea “asimétrica” por el ministerio conferido al profeta, no infantiliza ni es sustitutoria, no ahorra el fatigoso trabajo del discernimiento.

Israel nace de un sí libre y el comportamiento exterior no es suficiente ni garantiza la obediencia entendida como adhesión del corazón. A diferencia del rey, la autoridad profética no se impone por la fuerza y es siempre discernida, concita al corazón, a la conciencia y al compromiso. El tipo de obediencia a la que invita el profetismo no se realiza sin la adhesión del corazón y para eso es necesario que el sujeto esté convencido. De ahí, todo el despliegue del arsenal de la



“YO ESTOY EN MEDIO DE VOSOTROS COMO EL QUE SIRVE” (Lc 22,27)...

palabra que exploran los profetas para intentar convencer y persuadir a Israel, para animar, denunciar, motivar e instar a una decisión²⁷.

Algunos pasajes del Nuevo Testamento ponen esta cuestión en el candilero y es que, con ese “olfato de oveja” el pueblo otorga a Jesús un tipo de autoridad carente en sus dirigentes: “y quedaron asombrados de su doctrina, porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas” (Mc 1,21//Mt 7,29). El término empleado, *exousiá* (*evxousiá*), etimológicamente vehicula la siguiente idea; se trata de un “ser que proviene de dentro”.

Es decir, la autoridad no es impuesta desde fuera sino que su legitimación proviene de la fuerza del ser que sale de dentro. No necesita, en este sentido, ser legitimada, es reconocible por la fuerza misma de su entidad. Por este motivo y una vez más, la autoridad de Jesús se muestra en continuidad con la profética. Porque es una autoridad que nace de dentro y se impone por su misma verdad y no a base de coerción sino a “golpe de toalla”, de diálogo paciente, de amor y de servicio.

3. Perfilando el estilo de autoridad evangélica

En ocasiones, cuando hablamos del servicio de autoridad, caemos en describir el modo con que debería detentarse dicho servicio, dejando en un segundo plano la experiencia fundamental que lo sustenta. Y no solo, como en la viñeta del inicio, nos puede salir una innumerable lista de habilidades o requisitos para pedirle a un superior

27 Dolores Aleixandre en su conferencia *Buscadores de pozos y de caminos* en el marco del Congreso Internacional de Vida Consagrada celebrado en Roma (2004) presenta magistralmente esta faceta de Jesús como “estratega de la Palabra”: “Como maestro de sabiduría y hábil conversador, emplea todos los recursos de la palabra e inventa estrategias de aproximación: pregunta, dialoga, argumenta, propone, intenta convencer, narra, sugiere, afirma, valora la postura del otro/a, provoca reacciones de identificación o rechazo, se atreve a pronunciar imperativos. Sigue a la mujer y al Escriba en sus evasivas y se las arregla para alcanzarlos en un terreno en el que no tienen escapatoria y se encuentran enfrentados con su verdad o con su ignorancia (...). Entra primero en sus puntos de vista para conducirlos hacia donde Él quiere, no se retira ante las defensas que esgrime la mujer, ni ante el intento del Escriba de refugiarse en el ámbito de lo teórico (...)”.

–que sea un buen gestor, que haya hecho un curso de coaching o un máster en resolución de conflictos, etc.– sino que podemos llegar incluso a deslindar este servicio de su experiencia. En la tradición bíblica el “cómo” se lleva a cabo el ejercicio de este servicio depende del “qué”, o mejor, de la calidad de la experiencia de Dios que en el profetismo es innegociable.

3.1. *Pongo mis palabras en tu boca*

El servicio de autoridad profético nace de una experiencia: la de recepción de la Palabra. Y esta experiencia es fundamental para comprender este servicio y el estilo con que se realiza. Por eso, parto de esta experiencia trascendental para luego perfilar a partir de ella el estilo y el ejercicio de una autoridad evangélica.

3.1.1. LENGUA Y OÍDO DE DISCÍPULO

Cuando Dt 18,9-22 intenta describir qué es un profeta, lo hace en primer lugar por vía negativa. En este contexto presenta una serie de nueve categorías de lo que no es un profeta: no es un adivino, un hechicero, un astrólogo, etc. Y así hasta nueve (cf. Dt 18,10-11). Y ¿qué es lo común a estos nueve oficios? El hecho de intentar “conquistar o arrebatarse una palabra divina” o conocer a través de técnicas el destino y el futuro²⁸. El profetismo bíblico, en cambio, se presenta como todo lo contrario. Se funda en la experiencia no de “arrebatar” sino de “recibir” la Palabra y, con ello, en la experiencia de un Dios que habla incluso sin pedirselo²⁹.

En el pasaje de Deuteronomio esta experiencia de no ser el origen del propio hablar se expresa con la metáfora de “poner palabras en la boca” (Dt 18,18). Algo que reaparece en la vocación de Jeremías: “he puesto mis

28 Cf. P. BOVATI, *“Così parla...”*, pp. 27-31.

29 Según José Luis Sicre, en este punto el profetismo bíblico se distancia de la manera de concebir la profecía en Medio Oriente Antiguo. Pues se pasa “de una palabra buscada por el hombre, a una palabra enviada por Dios”; “del descubrimiento de un enigma, al descubrimiento de una misión”; “de la búsqueda de la seguridad personal, al choque con una responsabilidad”; “del interés personal, a la responsabilidad frente a los demás”. Cf. J. L. SICRE, *Introducción al profetismo bíblico*, Estella 2011, p. 60.



“YO ESTOY EN MEDIO DE VOSOTROS COMO EL QUE SIRVE” (Lc 22,27)...

palabras en tu boca” (Jr 1,9). Sin embargo –en mi opinión–, el texto que mejor describe la experiencia profética es el del tercer cántico del siervo:

“El señor me ha dado lengua de discípulo, para que haga saber al cansado una palabra alentadora. Mañana tras mañana despierta mi oído, para escuchar como los discípulos; el Señor Yhwh me ha abierto el oído y yo no me resistí, ni me eché atrás” (Is 50,4-5).

El profeta habla por un imperativo divino. Su hablar es en obediencia y su autoridad depende de la escucha. Por eso, el profeta es antes que nada un discípulo. Ahora bien, si el profeta no habla por propia iniciativa, tampoco su “escucha” es mera capacidad; es un don. Es Dios quien “abre el oído” para que acceda a una dimensión distinta de la realidad³⁰.

El profeta bíblico no es el que ve visiones o cosas raras. Es aquel que ve lo que todos pueden ver, pero ve más allá porque es capaz de perforar con su mirada la historia y acceder a su sentido. El profeta es aquel capaz de escudriñar los signos de los tiempos y visualizar tanto el peligro que acecha tras el aparente bienestar, como la salvación que despunta allí donde todo indica desesperanza.

El modo de vivirse de Jesús como hijo muestra analogías con cuanto estamos diciendo. Pues toda la existencia del Hijo es vivida en radical apertura a la escucha de Dios y de sus hermanos. Así queda registrado en algunos episodios emblemáticos de los evangelios³¹:

“En verdad en verdad os digo: que el Hijo no puede hacer nada por su cuenta, sino que ve hacer al Padre: lo que hace él, eso también lo hace igualmente el Hijo. Porque el Padre quiere al Hijo y le muestra todo lo que él hace. (...) porque las obras que el Padre me ha encomendado llevar a cabo, las mismas obras que realizo, dan testimonio de mí, de que el Padre me ha enviado” (Jn 5,19-20.36).

“Hijo de David, Jesús, ten misericordia de mí” (Mc 10,47).

30 El 27 de mayo de 2015 tuvo lugar en el Pontificio Instituto Bíblico de Roma la presentación de un libro-homenaje con motivo de los 75 años del profesor y actual secretario de la Comisión Pontificia Bíblica, Pietro Bovati. En su alocución este gran maestro se sirvió del tercer canto del siervo (Is 50,4-11) para ir desgranando lo que ha sido y cómo ha entendido y vivido su ministerio de docencia. Para desarrollar estos puntos me he servido de algunas de sus intuiciones, que él mismo me envió y que se encuentran en: <http://www.biblico.it/doc-vari/bovati27-5-2015.pdf>.

31 Cf. también: “Todo el que me dé el Padre vendrá a mí, y el que venga a mí no lo echaré fuera; porque he bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado” (Jn 6,37-38).



Ahora bien, no solo en los textos en los que Jesús afirma explícitamente su conciencia de enviado y de vivir según la voluntad del Padre, sino en otros muchos pasajes, se observa cómo Jesús vive polarizado por el Reino y ejerce su autoridad desde la clara conciencia de enviado del Padre para llevar adelante el sueño de Dios para la humanidad.

3.1.2. MAÑANA TRAS MAÑANA

Este acceso a la entraña de la historia y de su sentido no es capacidad sino don. Y un don que no se realiza de una vez para siempre. La “apertura del oído” no es una experiencia puntual sino una constante existencial, un modo de vivirse. El texto hebreo lo indica con una expresión poética preñada de significado: “mañana tras mañana Él me despierta el oído”.

Como observaba el profesor Pietro Bovati en su alocución con motivo del homenaje por sus setenta y cinco años, en el texto de Is 50,4-9 “el inicio del día se identifica con el despertar el oído” y, por tanto, con una “vitalidad renovada que se expresa como saber escuchar”. Escuchar es abrirse a la experiencia cada mañana de algo nuevo; se trata, pues, “de un escuchar inaudito”, de un acontecimiento nuevo cada mañana. Por eso, el hablar profético “nunca se repite”. El profeta es un “inventor” de la Palabra que no “entrega lo viejo”, que no “crea discípulos reciclando un saber siempre igual a sí mismo. Un saber que no reserva sorpresas hace imposible el acontecimiento de la Palabra”. La autoridad profética es siempre una “realidad estructuralmente emergente, un admirable renovarse de la Palabra, el evento inesperado y prodigioso de una verdad impensable”³².

Suscita, como Jesús, un “hasta ahora nadie nos había hablado así” (Jn 7,46). Por tanto, esta autoridad, más que ser la garante del “siempre se ha hecho así”, es una autoridad pionera en “romper los esquemas aburridos” y monótonos en los que encerramos a Jesús (cf. *Evangelii gaudium*, 11). Tampoco se trata de una novedad creada a base de fabricar experiencias exóticas o artificiales, sino de un con-

32 P. BOVATI, <http://www.biblico.it/doc-vari/bovati27-5-2015.pdf>.



tacto vivo con la Palabra hecha carne que suscita acontecimiento nuevo y no productos reciclados o rancios. El seguimiento de Cristo no es una aburrida repetición sino una impensable novedad.

Jesús se deja interpelar por la realidad. Aquella audaz siro-fenicia argumentando casi al mismo nivel que Jesús, le “cambia” de opinión (cf. Mt 15,21-28)³³. Se podría decir que Jesús escucha la realidad de las personas y va descubriendo y secundando la voluntad del Padre en su itinerario existencial. Como “el sol que nace de los alto” “dispuesto a recorrer su camino”, su oído se despierta mañana tras mañana sin resistirse ni echarse atrás ante el grito de la humanidad: “Jesús, ten misericordia de mí” (Mc 10,48).

Emblema de ello será Getsemaní, el espacio de la libertad donde Él abraza a un “Dios que no quiere todo lo que puede”³⁴. Un Dios que no utiliza su poder ni su autoridad al estilo hada madrina transformando con su varita las cosas feas en bonitas. Un Dios no al modo Papa Noel que se gana el amor de sus hijos a base de regalos porque tiene miedo de no ser amado y, por eso, llega a ser hasta permisivo. Getsemaní es el espacio de la libertad porque se te pide beber el cáliz de tu propia muerte, cuando todavía estás a tiempo de irte y, no solo sería posible, sino incluso legítimo.

En este sentido, Getsemaní tiene que decir mucho al ejercicio evangélico de autoridad porque la tentación será la de “transformar las piedras en pan” (Mt 4,3) y reafirmar quién eres por el camino fácil de la demostración: “si tú eres el hijo de Dios, baja de la cruz” (Mt 27,40). Jesús muestra su identidad haciéndose un siervo sufriente y no de otro modo. Se trata de la misma salida que hace Abraham al mundo de lo desconocido, para dejarse plasmar según el sueño de Dios³⁵.

33 Cf. P. ALONSO VICENTE, *The woman who changed Jesus: crossing boundaries in Mk 7,24-30*, Leuven 2011, pp. 238-285.

34 G. SEGALLA, “La volontà del Figlio e del Padre nella tradizione sinottica”: *RivBib* 12 (1964) 266.

35 “Abraham es el hombre del salto en el vacío, de la partida sin retorno y de un acto de fe que le proyecta hacia un lugar desconocido y enteramente por descubrir. Esta experiencia fundamental le hace salir del ciclo del eterno retorno del que habla la historia de las religiones y libera al alma humana de la tendencia natural a buscar el camino de la salvación únicamente en el mundo conocido de su pasado”. J. L. SKA, *Abrahán y sus huéspedes. El patriarca y los creyentes en el Dios único*, Estella 2004, p. 95.

3.2. *Servidores-oblatos a golpe de toalla*

La vida inevitablemente evoca la muerte y la muerte apela insistentemente a la vida. Aquello que es tu origen irremediamente será tu fin, aquello por lo que darás la vida, por lo que merecerá la pena morir. La Palabra que forja al profeta será también su destino, aquello por lo que morirá. Martin Luther King lo expresaba en estos términos. "Si el hombre no ha descubierto nada por lo que morir no es digno de vivir". "Servir" y "dar la vida" están en estrecha conexión y se iluminan mutuamente.

3.2.1. PARA SOSTENER AL CANSADO

Precisamente el texto de Isaías indica un "para qué" al discípulo que se le despierta mañana tras mañana el oído: para escuchar una palabra que tiene como finalidad "sostener al cansado". Este será su servicio de animación. Algo parecido sucede con los discípulos de Emaus a quienes Jesús se les hace compañero, les "abre las Escrituras", les explica "por qué era necesario que el Mesías padeciera" y parte con ellos el pan (Lc 24,32). La voz del pastor es esa voz que las ovejas son capaces de reconocer, porque todos tenemos un sentido para discernir dónde hay o no hay verdad.

Ahora bien, esta voz no solo abre a una inaudita novedad de sentido sino que es capaz de engendrar una obediencia sin resistencias por la carga de verdad que lleva. Las ovejas escuchan esa voz porque las ovejas distinguen entre el pastor que da la vida por ellas y el pastor mercenario que huye ante el peligro. Por eso, ese "sostener al cansado" no será posible sin desgaste existencial.

De hecho, el texto de Isaías indica que esta experiencia de apertura del oído es irresistible. El profeta no se resiste, aun cuando seguir la voz conlleve sufrimiento, como en Getsemaní. Y, precisamente, ese "no echarse atrás" le capacita para "sostener" al cansado y darle fuerzas para que resista y se mantenga fiel³⁶. Aquello por lo que merece la pena vivir es también aquello por lo que merece la pena morir.

36 Cf. P. BOVATI, <http://www.biblico.it/doc-vari/bovati27-5-2015.pdf>.



No se trata, pues, de resignación estoica sino de escuchar esa voz capaz de vencer todas nuestras resistencias, incluso las más legítimas como es el miedo a la muerte. Hablar al corazón de los otros es tocar su centro más profundo. Solo si se llega a este núcleo se podrá generar obediencia, pues lo otro no pasará del mero cumplimiento, servilismo o resignación. Solo la belleza del proyecto evangélico y su verdad polarizan a la persona. Por tanto, una autoridad que sea profética engendra obediencia en la medida que deja que la Palabra venza sus propias resistencias.

Este modo de ser profeta-oblato e hijo-donado es el de Jesús. Y esta forma de vivir la filiación no excluye que sea dolorosa. De hecho, lo hemos visto en Getsemaní, pero también aparece problematizado en otros episodios. Así en Heb 5,7-8 encontramos: “a pesar de ser hijo aprendió sufriendo a obedecer” (Heb 5,8). Y antes se dice: “habiendo ofrecido en los días de su vida mortal ruegos y súplicas con poderoso clamor y lágrimas al que podía salvarle de la muerte” (Heb 5,7).

Ahora bien, esta lógica no es solo la cristológica sino también la paterna. En Jn 3,16 se expresa: “tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único”. Se utiliza un verbo técnico paradidōmi (*paradi, dwm*) que se emplea para indicar tanto la “traición de Judas”, la “entrega” a las autoridades, como la “auto-donación”. Si Filipenses anota que el Hijo se “vacía” de su condición divina (Flp 2,7), aquí Juan sugiere que el Padre también se “vacía” de lo que más quiere, que es el Hijo, y esto por amor a la humanidad. El Padre vive la misma lógica de la kénosis y de la donación de sí mismo. Como dirá la carta a los Romanos: “el que no se reservó a su propio Hijo, antes bien lo entregó por nosotros” (Rom 8,32).

3.2.2. SIEMPRE APRENDICES

El tercer canto presenta al profeta como uno que tiene lengua y oído de “discípulo” (Is 50,4). Luego, según el texto, el profeta es siempre un “aprendiz” (*limmūd; dWMI*) en sus dos funciones principales de escuchar y de hablar. Tiene lengua de discípulo y oído de discípulo. Y esto no solo cuando recibe la palabra o le es abierto el oído sino como condición permanente de vida. La autoridad del profeta reside precisamente en ser discípulo y, con ello, en no ser el origen de su hablar.



“El profeta es siempre un discípulo incluso cuando se presenta como maestro que enseña”. La autoridad profética permanece siempre en el estatuto de discípulo³⁷.

Sin embargo, a lo largo del Antiguo y del Nuevo Testamento existen conatos de cambiar esta condición. El más claro es en Cesarea de Filipo. Pedro, tras dar una respuesta de diez en teología –“Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios”–, saca a continuación un cero por no entender el tipo de mesianismo que presenta Jesús (cf. Mc 8,27-33). Y el texto indica a través de los verbos y preposiciones que Pedro abandona la posición del discípulo –que es la de ir “detrás de mí”– y se “planta delante” de Jesús. Cambia su estatus de discípulo al de maestro.

La Escritura intuye que la tentación que experimentará quien detenta un cargo o una misión será la de “constituirse en el origen”, la de “abandonar la posición del discípulo”, la de “quedarse con la herencia” como aparece en la parábola de los viñadores homicidas (Mc 12,1-12) o “cambiar de estatus” como advierte Dt 17,16-18 al rey. El rey no debe cambiar su condición de hermano. Y esto se concreta en una forma de soberanía que se basa en “no aumentar para él”. De hecho, por tres veces se indica “no acrecentarás para ti”³⁸. Es decir, la autoridad no ha de ser una autoridad que fagocita, una autoridad que se alimenta del otro sino todo lo contrario, una autoridad que se entrega y se dona, se despoja³⁹.

Así aparece diseñado en tantos textos del Nuevo Testamento conocidos (cf. Mc 10,42-45; Jn 10,1-21; 13,1-20), pero quisiera en este momento subrayar que esta forma de proceder de Dios radica en la Encarnación. De hecho, según Filipenses la lógica de la Encarnación es la de “no retener ávidamente ser igual a Dios” sino la de “vaciar” (Flp 2,7) para “enriquecernos”, dirá Corintios (2Cor 8,9). Jesús, aun siendo “el Maestro”, nunca abandona su posición filial y lo vive sin complejos.

37 Cf. P. BOVATI, <http://www.biblico.it/doc-vari/bovati27-5-2015.pdf>.

38 El estudio de este texto bajo este punto de vista se aborda en la monografía de C. MACIEL - R. LUGO, *Las trampas del poder: reflexiones sobre el poder en la Biblia*, Dabar, México DF 1994.

39 Este era el sentido del régimen “vegetariano” de Génesis antes del pecado. Esto es, se trata de una vida que no se alimenta de la muerte, que no necesita matar para vivir. Por eso, el dominio que se otorga al ser humano en Gn 1,28 es el de una autoridad puesta al servicio de la creación.



En la teología trinitaria se suele hacer esta distinción. Dios Padre es la Fuente del amor, el Hijo es el Amado y el Espíritu es el Amor. Pues bien, Bruno Forte afirma que si el Padre es aquel que da todo (Fuente del amor), el Hijo es el que recibe todo (Amado) y recibir no es menos divino que dar porque para recibir un amor infinito hay que ser infinito, esto es, consustancial al Padre⁴⁰. Sin embargo, y paradójicamente, parece que para nosotros recibir contiene algo de “humillante”, quizás porque es reconocer que no somos el origen de nosotros mismos o que estamos necesitados de otros, y generalmente buscamos abandonar esta posición.

El problema es que, si vivimos nuestra filiación con complejos, nuestra autoridad también será una autoridad acomplejada, con conciencia de jornaleros, de pastores mercenarios que huyen ante el peligro o viñadores que se apropian del campo de Dios. Gálatas lo grita a los cuatro vientos: “somos hijos y no siervos” (Gal 4,7). Y esta consideración no va solo para aquellos que detentan el servicio de autoridad sino para todos, pues todos ejercemos el liderazgo en algún ámbito. Ahora bien, aquellos que animan las comunidades deben especialmente velar y ayudar a que se viva desde la filiación y la fraternidad como Jesús y así se evite reproducir el modelo Edipo.

Desde las primeras páginas de la Biblia al ser humano se le confiere autoridad sobre la creación (cf. Gn 1,28). Un dominio que se formula como mandato y que, por tanto, debe ser ejercido en obediencia y responsabilidad ante su donador⁴¹. Dios no aparece con una autoridad plenipotenciaria, auto-suficiente o hiper-cualificada sino siempre en misión compartida. De hecho, cuando tiene que responder al mal del mundo, lo hace con Abraham, esto es, con uno que dice que sí. Este Dios es un Dios agricultor que planta un huerto y nos delega su cuidado (cf. Gn 2,8). Pero su gran legado serán nuestros hermanos. Por eso, cuando los discípulos no entienden bien quién es el mayor, siempre Jesús les remite a los más pequeños (cf. Mt 18,1-14)⁴². “¿Dónde está tu hermano?” (Gn 4,9) sería la pregunta que todos tendríamos que saber responder.

40 Cf. B. FORTE, *Trinidad como historia*, Salamanca 1988, p. 109.

41 Resulta muy interesante a este respecto la interpretación que hace Moltmann del capítulo de Gn 1 con motivo de la encíclica *Laudato Sií*. Cf. J. MOLTSMANN - L. BOFF, *¿Hay esperanza para la creación amenazada?*, Santander 2015, pp. 23-81.

42 Cf. M. GARCÍA FERNÁNDEZ, *Mateo...*, pp. 218-224.

3.3. Sin ningún poder

A la pregunta: ¿cómo Dios ejercita su autoridad?, podríamos responder con la canción de "Brotos de Olivo", "Sin ningún poder". Este famoso canto que comienza presentando la creación de Dios con poder, da un segundo paso:

"Salvar al hombre quieres sin tener poder,
acampas en la tierra sin ningún poder.
Tu fuerza de ser Dios te la anulas siendo niño,
te quitas poder, pierdes tu poder.
Aquellos a quien llamas, lo haces sin poder,
les invitas a ser pobres sin ningún poder,
les dices que tan solo siendo niños servirán,
pobres de poder, niños sin poder.
Mi Dios, necesito saber
por qué tu pobreza salva al hombre,
y el misterio de la cruz nos abre un nuevo horizonte.
Hazme entender mi Señor,
por qué tu ser sobre todo nombre
ha renunciado al poder
y opta ser pequeño y pobre".

3.3.1. LA LÓGICA DE LA ENCARNACIÓN Y DE LA EUCARISTÍA

La lógica de la Encarnación se describe magistralmente en esta canción. Es la lógica de la indefensión ejemplificada en "hacerse niño". Dios, que podría haber venido de muchas maneras al mundo, viene como un niño. "Pierde su poder", "se quita poder", es un Dios Enmanuel, "con nosotros", "para nosotros" y uno "de nosotros", un Dios "hecho carne". Esta forma de "venir al mundo" será también su forma de pasar por el mundo. "Pasó como uno de tantos", dirá Filipenses (Flp 2,7). "Pasó haciendo el bien", dirá Hechos de los Apóstoles (Hch 10,38). Y también será la forma de ejercer su autoridad.

El texto de Hebreos 10,5-10 profundiza en otro aspecto de la Encarnación que es la oblación. Pone, así, en boca de Jesús al entrar al mundo las palabras del Salmo 40: "no has querido sacrificio y ofrendas, pero me has formado un cuerpo (...) he venido para hacer tu



voluntad”. Es decir, Dios no manda cosas sustitutorias o representativas de él, sino viene él mismo. Pero además, Dios le forma un cuerpo. El cuerpo de Jesús se convertirá en un cuerpo-receptáculo del dolor, de la violencia, de la vejación y, por eso, en lugar de donde mana la salvación: “sus heridas nos han curado” (Is 53,5).

La parábola de los viñadores homicidas es ilustrativa a este respecto (Mc 12,1-12). En realidad, forma parte de la respuesta a la pregunta “¿con qué autoridad haces tú todo eso?” (Mc 11,28). El Hijo viene como uno de tantos y se sitúa en esa larga cadena de profetas rechazados. Va completamente indefenso, a “cuerpo descubierto” (“me has formado un cuerpo”). Y precisamente este cuerpo es el que matarán y el que Dios rehabilitará. Queda así respondida la pregunta, “¿con qué autoridad haces esto?”. La autoridad de Jesús no es una autoridad mercenaria que fagocita ni usurpa, es la del pastor que da la vida, que entrega el cuerpo, que se desgasta en el servicio. Y esta es la única autoridad creíble.

3.3.2. “NOS PRESENTAMOS DESPROVISTOS DE AUTORIDAD”

La lógica de la encarnación es, pues, la lógica de la donación. Por eso no necesita de un andamiaje externo para legitimarse. Y, por eso, se puede presentar “desprovista de autoridad” (1Tes 2,5-7). Como la autoridad profética que tan solo cuenta con la palabra, no necesita de medios coercitivos para hacer valer su verdad. Es una autoridad que nace de dentro (*exousía*; *evxousi,a*) y es reconocible por ese “olfato de oveja”.

De ahí, lo que canta la segunda estrofa del canto de “Brotos de Olivo”: “Aquellos a quien llamas, lo haces sin poder, les invitas a ser pobres sin ningún poder, les dices que tan solo siendo niños servirán, pobres de poder, niños sin poder”. Así pues, en el discurso misionero de Mt 10, Jesús les envía indefensos, porque el que predica lo debe hacer desprovisto de dinero, de protección y de un atuendo lujoso (cf. Mt 10,9-10); “la pobreza y la indefensión forman parte del anuncio del evangelio”⁴³ y se podría decir que también del ejercicio de la autoridad.

43 U. Luz, *El evangelio según San Mateo. Mt 8-17*, v. II, Salamanca 2006, p. 139.

En Mt 18,1-5 se trabaja, de hecho, este aspecto y se profundiza. Pues los discípulos preguntan por el más grande en el reino de los cielos y Jesús "sale diciendo" que el más grande es, precisamente, el que "se hace bajo", "pequeño" por opción. Y no sólo los discípulos deben "abajarse" o "hacerse como niños" sino que, además, deben "acoger" a los más pequeños, pues, como sucede en el juicio final (cf. Mt 25,31-46), Jesús se identifica con ellos.

Por tanto, una autoridad desprovista de autoridad que se hace pequeña y opta por lo pequeño para que así se manifieste la potencia de Dios, que es la potencia de un amor que convence. Una actualización, aunque en tono polémico y persuasivo, la hará Pablo en 1Cor. Se trata de una bella descripción de la autoridad apostólica y de su ejercicio:

"Porque pienso que a nosotros los apóstoles, Dios nos ha asignado el último lugar, como condenados a muerte, puestos a modo de espectáculo para el mundo, los ángeles y los hombres. Nosotros necios por seguir a Cristo, vosotros sabios en Cristo. Débiles nosotros; mas vosotros fuertes. Vosotros llenos de gloria; mas nosotros despreciados. Hasta el presente pasamos hambre, sed y desnudez. Somos abofeteados y andamos errantes. Nos fatigamos trabajando con nuestras manos. Si nos insultan bendecimos. Si nos persiguen lo soportamos. Si nos difaman, respondemos con bondad" (1Cor 4,10-13).

3.4. La potencia de la Palabra

El profeta al servicio de la Palabra está completamente identificado con ella, hasta el punto que no solo sus palabras sino también sus gestos y su propio cuerpo, aun cuando le callan, son canal del mensaje de Dios. Solo una autoridad de este calibre puede generar adhesión del corazón y, en este sentido, dinamizar el cambio y provocar heroísmo.

3.4.1. GENERADORES DE CAMBIO

No es necesario un profeta para decir que no se puede matar o robar. "La profecía no es un instrumento de comunicación doctrinal sino un vehículo de interpretación correcta de la historia. A veces



sucede que con el paso del tiempo la revelación divina se sustituye o se confunde con teorías puramente humanas⁴⁴. En las invectivas de Mt 23 contra los fariseos Jesús ironiza y critica el anquilosamiento de una normativa que se convierte no solo en un fardo pesado sino en ridícula porque ha perdido su sentido. Como decía Pietro Bovati, el profeta no “crea discípulos reciclando un saber siempre igual a sí mismo. Un saber que no reserva sorpresas hace imposible el acontecimiento de la Palabra”.

El profeta es ese analista y vigía de todos los movimientos de la historia que sabe intuir el latido de Dios en la entraña de la existencia y hace posible el acontecimiento de la Palabra. Atento y a la escucha de los signos de los tiempos, vive en un dinamismo ágil, y no paquidémico, para darle respuesta.

Como Jesús, denuncia la injusticia y busca para todos los seres humanos una vida digna levantando desde dentro a las personas. Es capaz de profetizar sobre unos huesos secos (cf. Ez 37) y despertar la vida allí donde todo parecía estar muerto. Apuesta por las realidades más pobres, su herencia como la del siervo son “las heredades desoladas”, cree en la fuerza del amor, de la “proximidad” y del servicio y desde ahí levanta y dignifica.

3.4.2. DESPERTADORES DEL HEROÍSMO

El cambio se genera cuando se supera el escollo falso del mero formalismo y se incita a la entrega. No es una ley de mínimos. El pasaje de Mt 25,31-46 se muestra a este respecto sorprendente. No solo porque el criterio de separación en el juicio final no es el hecho de ser o no cristiano, ni siquiera la separación es en función de hacer el bien o de haber hecho el mal, esto es, entre buenos y malos, sino entre los que han hecho el bien y los que lo han dejado de hacer.

Como muestra el texto del joven rico, el paso de la inmadurez a la madurez se cifra en el paso del cumplimiento de una norma al seguimiento de una persona (cf. Mt 19,16-22). El rostro del hermano debe

44 P. BOVATI, *“Così parla...”*, p. 45.

cuestionar nuestro modo de vivir y debe ser un despertador de la "fantasía de la caridad". Porque solo un "rostro", y no una norma o el puro ascetismo, puede movernos a la renuncia de aquello que es legítimo e incluso necesario. Solo el rostro del otro puede movernos al heroísmo.

Por eso, la principal preocupación profética no es el cumplimiento sino la obediencia. Y la obediencia compromete al corazón y a la conciencia. Una autoridad profética motiva a vivir la ley desde la óptica del décimo mandamiento donde lo normativo es el hermano. En este sentido, es pionera del cambio e inspiradora del arrojo necesario para llevarlo adelante. Una autoridad así es despertadora de un heroísmo que da respuesta a los grandes desafíos de la humanidad. Desafíos en los que vive inmersa una Iglesia que quiere caminar al lado de todos los seres humanos (GS 1).

* * *

El icono del lavatorio de los pies es el que ha vertebrado de forma latente esta ponencia. Al igual que todo gesto profético, tampoco este puede desvincularse del modo de ser y de pasar de Jesús por este mundo. No se trata, pues, de un gesto anecdótico. Como el pan partido y el vino derramado es expresión de lo que es el Hijo de Dios.

Abajarse y ceñirse la toalla reflejan el dinamismo encarnatorio y eucarístico vividos como una constante y, no como algo puntual, en la existencia de Jesús. Es más, Encarnación y Eucaristía se hallan en estrecha conexión en cuanto que "no retener ávidamente ser igual a Dios" (Encarnación) y "donarse por completo" (Eucaristía) no son separables.

Por eso, despojarse del manto y ponerse a lavar los pies como un esclavo, vivirse en apertura al Padre y polarizado por el grito de los que están al borde del camino son sesgos de cómo Él entiende y vive el servicio de autoridad que no puede diferir de lo que es y de cómo lleva a cabo su misión: "el Hijo del Hombre no ha venido para ser servido sino para servir y dar la vida por muchos" (Mc 10,45).

Se pone así en continuidad con la autoridad profética que no necesita legitimarse por medios externos sino que vive al servicio de la Palabra. "Él pasó como uno de tantos" y no demuestra quién es a



“YO ESTOY EN MEDIO DE VOSOTROS COMO EL QUE SIRVE” (Lc 22,27)...

fuerza de milagros, no “entra al trapo” de las ostentaciones de poder a las que le incitan sus adversarios, cree en la fuerza del amor y convence “a golpe de toalla”. Es más, esta forma es la que revela realmente quién es, el Siervo de Yhwh. Es la potencia de la cruz y del servicio, único modo de hacer creíble su Palabra. Una autoridad que desde la impotencia convence, rompe resistencias, genera acontecimiento, provoca cambio y concita al heroísmo.

Una autoridad que se postule como evangélica no podrá seguir otro camino: abajarse, darse, ceñirse la toalla, dejarse la piel. Es la “imaginación de la caridad”, la que proviene del “habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo los amó hasta el extremo” (Jn 13,1).